

El anhelo de una vida digna de vivirse: una revisita de Marcuse desde el presente

Sabrina Ma. Villegas Guzmán. Facultad de Ciencias Sociales (UNC); Colectivo de Investigación El llano en llamas; sabrina.villegas@unc.edu.ar

Introducción

“Walter Benjamin cita relatos de que durante la Comuna de París, en todas las esquinas de la ciudad de París había gente disparando contra los relojes de las torres de las iglesias, palacios, etc. De ese modo expresaban, consciente o semi-inconscientemente, la necesidad de parar el tiempo de alguna manera; de que por lo menos la continuidad del tiempo establecido debía ser detenida, y que el nuevo tiempo debía comenzar...” (Marcuse, 1967, pp. 30-31)

En la introducción a *El Hombre unidimensional* publicado originalmente en el año 1964, Marcuse sostiene que el presupuesto de que la vida humana merece vivirse, o que *debe ser digna de vivirse*, es el *a priori* de todo esfuerzo intelectual y, en consecuencia, de toda pregunta por lo social. Tal anhelo supo acompañar por largo tiempo los desarrollos teóricos del autor en la búsqueda por redefinir la idea de una vida buena, vinculada a una reivindicación del eros.

El contexto en el que dicho postulado fue enunciado estaba atravesado por varios procesos que en su conjunción parecían dar cuenta de una capitulación del pensamiento y de la razón y, en consecuencia, de una parálisis de la crítica. De un lado, la amenaza de una catástrofe nuclear que contenía la potencial destrucción del planeta y la aniquilación de la especie humana. De otro, la creciente sofisticación de mecanismos de control que en las sociedades tardo-industriales no habían liberado al ser humano de la cotidiana lucha por la existencia, así como tampoco de la represión constante. En este escenario, Marcuse insistirá en la urgencia de un cambio cualitativo entendido como una modificación radical de las formas de la sensibilidad, de organización y de vida.

Habiendo transcurrido más de cinco décadas de aquellas formulaciones nos toca admitir, con pesar, la vigencia de su llamada a una *transformación sustantiva del sistema de necesidades*, al punto de reconocer que la misma se torna imperiosa cuando reparamos en que muchos de los problemas sociales que se diagnosticaron por entonces continúan entre nosotrxs. Ahora bien, asumir la vigencia (o cierta vigencia) de tales problemáticas no implica suponer que podamos hacerlas viajar en el tiempo de manera acrítica para pensar el presente, sino intentar

el ejercicio de identificar ciertas persistencias, sus respuestas tentativas y atender al modo en que dichos aspectos se disponen en el hoy.

En tal sentido, entendemos que la vida social de nuestro tiempo se desenvuelve a grandes trazos ante lo que podríamos llamar el colapso del modelo civilizatorio occidental, esto es, la inminencia del desastre ambiental y el consiguiente peligro que se cierne sobre diversas formas de vida; el ascenso de fuerzas autoritarias y antidemocráticas; el despliegue de un principio del rendimiento que modela las relaciones sociales y afectivas a partir de la lógica de la competencia y en el que todo nuestro tiempo vital se encuentra mercantilizado.

Volviendo a lo ocurrido medio siglo atrás, Marcuse entrevió la necesidad de este cambio radical en las protestas que tuvieron lugar en la década del 60 -protagonizadas en buena medida por estudiantes- y también prestó atención, entre otras manifestaciones políticas, a las luchas llevadas adelante por el feminismo. En relación al mayo francés, el autor se pregunta: “¿no se trató de un intento de activación de la energía erótica en la protesta contra el reforzamiento de la energía destructiva impulsado por el sistema, es decir, de una reactualización del eros como fuerza política?” (1977). Mientras que, en atención al feminismo, estimó el rol que éste podría tener en el cambio de la subjetividad, al considerar que residía allí un germen desde el cual podría articularse una nueva relación con la naturaleza y con otras personas, otro tipo de sexualidad, nuevas formas de entender el trabajo, etc.

En este marco, el objetivo de este escrito es revisitar un conjunto de textos de Marcuse de fines de la década del 60 y conversaciones mantenidas durante la década del 70 a los fines de explorar algunas de sus inquietudes políticas que, aún cuando remitan a un mundo que ya no es el nuestro, pueden ser útiles para dar a luz nuevas formas de racionalidad y, sobre todo, de sensibilidad que nos permitan ensayar vías de escape a la resignación e impotencia reinantes y habilitar nuevos posibles.

Por un lado, revisamos un conjunto de charlas¹ publicadas bajo el título *La sociedad carnívora*²: *Liberándose de la sociedad opulenta* (Londres, 1967), *Perspectivas de la Nueva Izquierda Radical* (Nueva York, 1968) y *Exijamos lo imposible* (Vancouver- Canadá, 1969), y por otro lado, una compilación de entrevistas reunidas en el libro *Filosofía radical. Conversaciones con Marcuse: “Teoría y política”* (Starnberg, julio de 1977); “Imágenes de la feminidad” (Pontresina, julio de 1977); “Las conversaciones de Salecina” (Salecina- Zúrich,

¹ En las citas que se realizan de estos textos se indicará el año de publicación y el número de página cuando esté disponible.

² Además de las conferencias citadas, también se encuentra una titulada: *La rebelión de París* (San Diego- California, 1968).

verano de 1977); Filosofía radical: la Escuela de Frankfurt (BBC); “Así es el progreso de la sociedad burguesa...” (La Jolla- California, noviembre de 1977).

La necesidad de un cambio cualitativo

Como señalamos en la introducción, Marcuse manifestó reiteradamente la necesidad de articular un nuevo principio de realidad como condición para pensar en la posibilidad de un cambio social con contenido emancipatorio. Dicho principio -indispensable para imaginar una superación del capitalismo- suponía el nacimiento de un nuevo ser humano a partir de la *transformación radical del sistema de necesidades*. El supuesto aquí presente es que la producción de nuevas formas de subjetividad, que fueran más allá del sujeto de la propiedad y el auto-interés, terminaría produciendo un cambio cualitativo de la sociedad en su conjunto.

Refiriendo a este punto de la teoría marcusiana, Habermas sostiene que *“la supresión del capitalismo no puede ser sólo la superación de una determinada formación social, más bien las transformaciones que una tal supresión comportaría supondría una revolución que afectaría profundamente a la estructura vital de la personalidad individual, a su relación con la naturaleza, a la relación de los sexos entre sí”* (1977).

Como vemos, el diagnóstico de Marcuse es que en las sociedades industriales avanzadas no sólo está presente una crisis socio-ecológica de la naturaleza, sino también una crisis de subjetividad que llega *“hasta las más profundas raíces de la existencia individual, hasta el mismo inconsciente del hombre”* (1967, p. 38). En otro pasaje, afirma: *“Por una parte todos sentimos, experimentamos, lo tenemos en los huesos, que esta sociedad se está volviendo cada vez más represiva, destructiva, en lo que se refiere a la aptitud humana y natural de ser libre, de determinar la propia vida, de configurar la propia vida sin explotar la de otros”* (1968, p. 64).

En los hechos, tal estado de destrucción y represión se traducía, por una parte, en una intensificación de la lógica del consumo/competencia capitalista y del rendimiento como directriz ordenadora de la conducta y, por otra parte, en un deterioro de la capacidad de placer y goce y de las formas de la solidaridad. Ante dichas circunstancias, la restitución de una *dialéctica de la liberación* se tornaba indispensable:

“¿Cuál es la dialéctica de la liberación que aquí nos interesa? Es la construcción de una sociedad libre, una construcción que en primer término depende del predominio de la necesidad vital de abolir los sistemas constituidos de servidumbre y, en segundo término, y esto es decisivo, depende del compromiso vital de la lucha tanto consciente como

subconsciente e inconsciente por los valores cualitativamente diferentes de una existencia humana libre” (1967, pp. 31-32).

De estas ideas se sigue que la oportunidad de una vida mejor en una sociedad mejor radica en un nuevo ser humano en el que la fuerza del eros, en tanto instinto de vida, se antepone sobre tánatos, en tanto instinto de muerte. En palabras del autor, se trata de “*una modificación de la estructura instintiva que haga que la energía destructiva se ponga más y más al servicio de la energía erótica hasta que la cantidad mute en cualidad y las relaciones humanas (de los hombres entre sí y con la naturaleza) se abran a la satisfacción y al goce” (1977).*

Creemos que la apelación por alumbrar una nueva subjetividad no sólo conserva vigencia, sino que aparece con aires renovados en algunas discusiones actuales de este tiempo en el que “*todo se acaba*” (Garcés, 2019). Una de las características del capitalismo neoliberal -en el que aún vivimos- es el avance de la mercantilización sobre cada diminuto aspecto de la vida, lo que incluye, por supuesto, el espacio subjetivo.

Esta dinámica mercantilizadora ha dado forma a una subjetividad específica que, teniendo a la lógica de la competencia y del rendimiento como sus pivotes centrales (Foucault, 2010; Laval y Dardot, 2013), se ha ido colando hasta llegar a los reductos más íntimos de lxs seres humanxs, conformándose como una *psicopolítica* (Han, 2014). Desde estos ángulos, la posibilidad de dejar atrás el orden capitalista neoliberal requiere poder desnudar las múltiples formas en que la dominación se hace presente y, a la vez, darse a la tarea de deshacer los modos de subjetividad dominantes.

La exigencia de un cambio cualitativo también cobra fuerza en algunas discusiones actuales sostenidas desde los feminismos y desde los debates en torno al colapso ambiental. Si bien somos conscientes de que todas estas cuestiones ameritan un desarrollo más extenso, resumidamente podemos decir que la crisis ecológica y la crisis del patriarcado no pueden ser resueltas desde una operación de maquillaje del sistema, sino que reclaman un cambio que involucre a la sociedad en su conjunto. Sólo atacando los cimientos sobre los que se funda el orden patriarcal y ecocida es que podremos detener el flagelo que estos órdenes suponen para la vida de lxs humanxs y demás seres del planeta.

El lugar de la sensibilidad y de la percepción

Siguiendo con el recorrido por algunas de las inquietudes políticas de Marcuse, se hace preciso considerar el lugar que ocupa la creación de nuevas formas de racionalidad y de sensibilidad para dar paso al cambio cualitativo.

Si la racionalidad que impera en las sociedades capitalistas avanzadas está enfocada en la escasez y en el sostenimiento de roles competitivos con su correspondiente cuota de represión y agresión, la nueva racionalidad debe estar centrada sobre el juicio de que una vida mejor es posible. Estas nuevas disposiciones orientarían:

“... por ejemplo, la reconstrucción total de nuestras ciudades y del campo; la restauración de la naturaleza tras la eliminación de la violencia y la destrucción de la industrialización capitalista; la creación de espacio interno y externo para la privacidad, autonomía individual, tranquilidad; eliminación del barullo, de los públicos hipnotizados, de la convivencia forzada, de la polución atmosférica, de la fealdad” (1967, p. 42).

La nueva sensibilidad imaginada por el autor pone su foco en la capacidad de recepción antes que en los aspectos productivos; teniendo en cuenta que, bajo el contexto de su época, el mandato de la productividad terminaba haciendo de la vida un medio para un fin, en vez de que la vida fuera concebida como un fin en sí misma. En relación a ello, Marcuse afirma: *“contra esta productividad auto-impulsada, brota el énfasis sobre las cualidades receptoras del organismo humano y sobre la necesidad de detener esta carrera de ratas en la batalla por la existencia; se reclama que ésta cese para contemplar qué puede quizá hacer uno con los recursos y posibilidades disponibles a fin de crear un entorno -tanto social, como técnico y natural- en una universidad pacificada que pueda ser disfrutada realmente”* (1969, p. 86).

Quisiéramos detenernos en dos de las ideas que aparecen aquí formuladas. La primera consiste en parar la carrera en la batalla por la existencia y la segunda en disponerse a crear un entorno (social, técnico y natural) que pueda ser disfrutado realmente. Creemos que ambas condensan un conjunto de preocupaciones presentes en nuestros modos de vida contemporáneos.

Por un lado, el ya mencionado principio del rendimiento que nos conmina a *consumir, gozar y ser productivos* (Sztulwark, 2019) y que hace que todo nuestro tiempo -de trabajo y no-trabajo- se encuentre atravesado por el imperativo de la productividad. Las consecuencias de este modo hiper alienado de producción y rendimiento maquínico se advierten por doquier en la presencia de cuerpos extenuados y enfermos que no disponen *para sí* de su tiempo de vida. Contra esta condición de las sociedades actuales, se alza la propuesta de *“proteger todo aquello que se presenta como una afrenta al capitalismo: el ocio y el disfrute, la capacidad de ensueño y la esperanza, lo inútil, lo improductivo...”* (Villegas, 2021, p.119). En resumidas líneas, diríamos que se trata de poder recuperar el tiempo para atender las necesidades individuales, colectivas y del entorno que nos rodea y no para seguir los dictados del capital y

del consumo; tal vez, recuperando la metáfora contenida en el epígrafe inicial, el punto radique en quebrar la continuidad del tiempo establecido y crear un nuevo tiempo.

Por otro lado, la creación de un entorno que pueda ser disfrutado, o mejor dicho, la disposición a (re)conectar con el entorno humano y no humano se erige como uno de los principales desafíos de nuestro tiempo ante la constatación del límite ecológico que viene mostrando nuestro planeta.

La discusión sobre el género

Decíamos también en nuestra introducción que Marcuse debatió tempranamente con las ideas feministas de su época descubriendo allí un potencial para la transformación deseada. En este sentido, el autor percibe en la mujer una estructura de instintos diferente a la de los hombres, que podría -potencialmente- articular una nueva relación con la naturaleza y con otras personas, una crítica al principio de rendimiento y a la agresividad, otro tipo de sexualidad, etc.

De modo que, para Marcuse, esta estructura de instintos sería portadora de un principio de realidad enfrentado a la lógica capitalista:

“la salvación del medio ambiente, la libertad en la configuración de la vida, en los modos de vida, pero sobre todo la detención de la productividad destructiva, son proyectos emancipatorios y emancipadores. Y están vinculados con las cualidades femeninas tal como éstas se han formado en la historia de la civilización, constituyéndose en una segunda naturaleza” (1977).

A este respecto, se hace necesario aclarar que la noción de “segunda naturaleza” no remite a que sean *“cualidades ontológicas, sino cualidades que se han convertido a lo largo de milenios de civilización patriarcal en una segunda naturaleza, historia cristalizada”* (1977). Justamente, son el resultado de la evolución del patriarcado que excluyó a las mujeres de la esfera productiva y las relegó al ámbito privado.

La degradación de lo femenino realizada por la civilización patriarcal ha convertido a las mujeres en depositarias de dimensiones de sensibilidad, sensualidad y receptividad. El planteo marcusiano consiste en resignificar la valoración negativa que se hace de estas cualidades y reconocer en ellas un puente para la superación de la opresión:

“Pasividad” y “receptividad” pueden entenderse fácilmente como sinónimos de “sumisión”. Para mí, significan lo contrario: protesta contra la productividad destructiva, contra la agresión, contra el principio de rendimiento. Y estas cualidades se impondrían no sólo en la

esfera del consumo y de lo privado, sino también en la esfera de la producción y del control sobre la producción; en sentido positivo: en dirección a una sociedad en la que la opresión vaya reduciéndose progresivamente” (1977).

Desde nuestro punto de vista, entendemos que discutir sobre el lugar de la sensibilidad y de la percepción y sobre la potencia del feminismo, que ya por las décadas de los 60-70 se forjaba como uno de los movimientos políticos más importantes y radicales, sigue teniendo relevancia para pensar desde/en el hoy. Esto, no sólo por la fuerza y originalidad que siguen demostrando las luchas feministas, sino también por los desplazamientos intelectuales que han tenido lugar en su seno y que vienen trabajando en el desmantelamiento de la razón capitalista, moderna, colonial, androcéntrica y eurocentrada. Aunque el cuestionamiento a los múltiples modos de centramiento (por caso, el logocentrismo) no es exclusivo del debate feminista, sino que se sostiene también desde otros espacios de activismo y pensamiento que coinciden en despojar a la razón hegemónica del lugar privilegiado que ocupa para que *lo sensible*, en términos de aquella conexión con el entorno humano/no-humano referida párrafos atrás, pueda entrar en escena.

Difícilmente pueda imaginarse que el freno al impulso destructor que nos ha dejado ante este punto límite provenga desde una idea de razón desvinculada de las emociones, de nuestra corporalidad, del reconocimiento de otras materialidades, de la naturaleza. Por el contrario, creemos que la detención de la maquinaria de exterminio sólo será posible si desbaratamos los dualismos del imaginario moderno (sujeto/objeto, mente/cuerpo, cultura/naturaleza, razón/emoción, etc.) que generaron visiones dicotómicas, jerárquicas y compartimentalizadas, desconociendo el carácter relacional e interdependiente que habilita nuestras existencias.

El diagnóstico de entonces leído desde el hoy

Sabemos que los textos de Marcuse de los años 60 y 70 estaban inspirados en la sociedad de posguerra estadounidense, lugar en el que el autor residió luego del exilio alemán, y que el capitalismo mostraba en ese país un importante grado de desarrollo, dando la imagen de una sociedad equilibrada, estable y con amplio acceso al consumo por parte de las mayorías. Estos elementos hacían que la posibilidad de una transformación no pudiera ser pensada desde los cánones tradicionales con los que el marxismo había proyectado el cambio social. La clase obrera industrial, que era la encarnación del sujeto revolucionario por excelencia, se encontraba excesivamente integrada al sistema, por lo que no era factible hacer depender de ésta la superación del régimen capitalista.

En esas condiciones era necesario prestar atención a las nuevas clases trabajadoras que ampliaban el área de los explotados:

“La teoría ha de ser reformulada , pero no sólo porque estos grupos hayan entrado en el juego, sino sobre todo a causa de la composición completamente nueva de la clase obrera y de la transformación de su conciencia, y porque el capitalismo ha conseguido estabilizarse. Esto se resuelve en última instancia, en mi opinión, en que tenemos que buscar un modelo de revisión según el cual la revolución estalle no en base al empobrecimiento, etcétera, sino en base a la sociedad de consumo” (1977).

El pronóstico que yacía en la base de la teoría marxista -dicho de manera muy sencilla- es que la contradicción entre capital y trabajo caminaría en el sentido de generar una brecha insostenible entre estos dos polos, generando una crisis del sistema que habilitaría la posibilidad de trascenderlo. Para los tiempos de Marcuse, estaba claro que el capitalismo industrial avanzado había desarrollado una formidable capacidad de adaptación y múltiples mecanismos que contenían el cambio social. Por todo esto, era preciso desarrollar una teoría en que la revolución no estuviera atada a la pauperización de la clase trabajadora, sino que pusiera en consideración los dilemas propios de la sociedad de consumo.

“El problema que enfrentamos consiste en la necesidad de la liberación, no de una sociedad pobre ni de una sociedad en desintegración, ni siquiera en la mayoría de los casos de una sociedad terrorista, sino de una sociedad que desarrolla en gran escala las necesidades culturales del hombre así como las materiales; una sociedad que, usemos el lema, distribuye las mercancías entre una porción cada vez mayor de la población” (Marcuse, 1967, p. 29).

Pero, además de estos elementos, había que perfeccionar la crítica para mostrar porqué había que liberarse de una sociedad como ésta *“si ella es capaz -quizá en un futuro distante, pero aparentemente capaz- de conquistar la pobreza en un grado superior al alcanzado hasta hoy por cualquier otra, de reducir el trajín y el tiempo de trabajo, y de elevar el nivel de vida”* (1967, p. 35). Ciertamente, no se trataba de una tarea fácil. Una de las vías trabajadas por Marcuse consistió en poner de relieve las contradicciones remanentes en el sistema, así como la gravedad implicada en las mismas.

“Las contradicciones internas del sistema son tan graves como siempre lo han sido, y son pasibles de agravarse a causa de la expansión violenta del imperialismo capitalista. No sólo las contradicciones más generales entre la tremenda riqueza social a un lado, y el uso destructivo, agresivo y pródigo de tal riqueza al otro; sino contradicciones mucho más concretas como la necesidad de automatización del sistema, la reducción permanente de la base humana en el potencial físico de trabajo para la reproducción material de la sociedad y,

de tal modo, la tendencia a diluir las fuentes de lucro excedente y, finalmente, la amenaza de desempleo tecnológico...” (1967, pp. 43-44).

Como vemos, en la visión marcusiana, las contradicciones del capitalismo no habían desaparecido sino que habían mutado en su forma. Pese a la elevación general en el nivel de vida que se observaba por entonces, era notable el conflicto que se producía entre la posibilidad material y técnica de contar con recursos suficientes para trascender el estado de escasez (y, en consecuencia, liberarse de la lucha por la existencia) y el uso irracional y destructivo que se hacía de estos recursos que terminaban poniendo en jaque a la humanidad toda. También llama la atención del análisis del autor, la tendencia a la automatización de la producción y la amenaza de desempleo tecnológico que podría traer aparejada; fenómenos que comenzaban a perfilarse en ese tiempo y que no han hecho más que intensificarse en las dinámicas de producción actuales.

Estos aspectos nos permiten deducir que aún cuando la clase trabajadora estuviera integrada al sistema, mostrando un comportamiento conformista y dócil que hacía difícil presagiar una eventual transformación social, las contradicciones inmanentes al capitalismo seguían estando presentes.

Ahora bien, cuando dejamos atrás los diagnósticos y las prognosis de la época y regresamos al plano de la actualidad, somos conscientes de que las sociedades industriales avanzadas no continuaron su curva ascendente en dirección a garantizar un elevado nivel de vida para las mayorías sociales, ni siquiera en los países capitalistas centrales. Tal tendencia se vio interrumpida hacia fines de los 70, y tras diversas complejidades y matices en las décadas que siguieron, dio lugar a un nuevo reordenamiento capitalista a nivel global que desmanteló las bases sobre las que se asentaba el “viejo” capitalismo industrial.

En el nuevo orden, la capacidad de inclusión del capitalismo otrora demostrada se ha visto fuertemente mermada y lejos estamos de poder afirmar que el sistema económico dominante siga conteniendo la promesa de una sociedad liberada de la pobreza, como tampoco de la violencia, la depresión o el miedo.

La esperanza de Marcuse en una sociedad con capacidad técnica para trascender la escasez y reducir el tiempo de trabajo alienado y alienante, se da de bruces con un presente atravesado por una abismal brecha social, insostenible ecológica, política y humanamente y con tasas de crecimiento económico a la baja (Maiso, 2018).

Por otro lado, en la ya larga crisis de la sociedad salarial, no asistimos al “fin del trabajo” sino al ocaso de formas de trabajo estables y reguladas que, durante algún tiempo y sobre todo en algunas geografías del planeta, permitieron la inserción social. El paisaje contemporáneo

aparece, por un lado, conformado por trabajadorxs con altísimos niveles de precarización laboral y, por otro, nos encontramos con formas de explotación que rebasan la relación salarial y que están atravesadas por diferencias raciales, coloniales y sexo-genéricas (Expósito *et.al.* 2022).

Por último, también hemos sido testigxs en los últimos años de los modos en los que el régimen neoliberal hace un particular uso de las ideas de autonomía, libertad o goce -por las que tanto bregaba Marcuse- en el ámbito de las relaciones sociales y laborales para ponerlas al servicio de la acumulación capitalista.

Reflexiones finales

“La situación es tan espantosa, tan sofocante y humillante, que la rebelión contra ella obliga a una reacción biológica, fisiológica: uno no puede soportarlo, se ahoga y tiene que buscar aire. Y este aire fresco (...) es el aire que nosotros (al menos yo) quisiéramos respirar un día”
(Marcuse, en Maiso, 2018)

A lo largo del escrito intentamos un ejercicio que nos permitiera identificar algunas inquietudes políticas de Marcuse que, de modos diversos, aún persisten en la actualidad. El propósito de esta búsqueda -de carácter más bien exploratorio- era atender a las respuestas tentativas dadas por el autor con el horizonte puesto en el hallazgo de vías posibles para sortear la resignación y la impotencia que nos circunda.

Para cerrar con las mismas precarias premisas/intuiciones que nos acompañaron desde el inicio y que sólo contienen la propuesta de seguir pensando, quisiéramos recuperar un par de *sensaciones* expresadas por lxs jóvenes rebeldes de los años 60 y radiografiadas por Marcuse. La primera tiene que ver con un sentimiento de asfixia que operaba como combustible de las protestas y del rechazo a la sociedad de posguerra. Lxs jóvenes se rebelaron porque se estaban asfixiando, y ese condimento opresivo del capitalismo industrial avanzado hoy aparece, ya no como una metáfora, sino desde una literalidad aterradora (las imágenes podrían ser muchas, pero podemos concentrarnos en el virus que atacó nuestros sistemas respiratorios o en los incendios que amenazan distintos reservorios de vida).

La segunda sensación se hace eco de esa consigna tan visitada de mayo del 68: *“la imaginación toma al poder”*, bajo el convencimiento de que esa apelación se torna hoy más necesaria que nunca si constatamos que nos movemos, como piensan Danowski y Viveiros de Castro (2019), entre la incapacidad política de imaginar un futuro por fuera del capitalismo y

la capacidad técnico-científica de imaginar el fin del mundo. Aunque carecemos de caminos prefijados para enfrentar la actual crisis civilizatoria, debemos seguir imaginando futuros posibles que insistan en empujar la línea del tiempo hacia algún lugar.

Uno de los principales puntos que queremos recuperar del olvido en relación a nuestro autor es el gesto de pensar la posibilidad de la emancipación cuando nada (o casi nada) en el seno de una sociedad permite sostener la esperanza de una transformación sistémica. A pesar de todo, y contra todo, seguimos creyendo que la lucha es por una vida que merezca ser vivida.

Bibliografía

Danowski, Déborah y Viveiros de Castro, Eduardo (2019) *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra.

Expósito, Julia [et al.] (2022) *Ensamblajes neoliberales: mutaciones del capitalismo contemporáneo*. Vicente López : Red Editorial.

Foucault, Michel (2010) *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.

Garcés, Marina (2019) “Condición póstuma, o el tiempo del «todo se acaba»”. *Nueva Sociedad* N° 283, septiembre-octubre. Pp. 16-27.

Habermas, Jürgen; Popper, Karl; Dahrendorf, Ralf y otros (2018) *Filosofía radical. Conversaciones con Marcuse*. Barcelona: Gedisa.

Han, Byung Chun (2014) *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Gerder.

Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013) *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa.

Maiso, Jordi (2018) “Prefacio: La intempestiva actualidad de Marcuse” en Jürgen Habermas; Karl Popper; Ralf Dahrendorf y otros. *Filosofía radical. Conversaciones con Marcuse*. Barcelona: Gedisa.

Marcuse, Herbert (1985) *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta-Agostini.

Marcuse, Herbert (2011) *La sociedad carnívora*. Buenos Aires: Ediciones Godot.

Sztulwark, Diego (2019) *La ofensiva sensible: neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Buenos Aires: Caja Negra.

Villegas Guzmán, Sabrina (2021) “Notas sobre la necesidad de reinventar el tiempo por-venir”. *Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos* N° 12, junio-noviembre. Pp. 112-120.